

Crónicas de la Facultad

EL ANFITEATRO

Entro en el anfiteatro. El mostrador de botiglieria italiana que hay al frente me causa asombro. ¡Semejante mostrador en un anfiteatro!

Sobre él hay un libro misterioso que Nicolás acaba de traer. Es el que recoge las firmas y los desahogos de los estudiantes. Hay individuos que adoptan posturas de jueces de paz y hacen con movimientos amplios y extendidos una firma más amplia y más extendida; otros, tímidos, hacen una firmita de un milímetro de alto por un centímetro de largo. Las muchachas firman despreocupadas, hablando fuerte con todas las que están ya sentadas. Pero antes leen todos los nombres estampados. Algunas, nerviosas, echan borrones.

Llega el profesor. Se quita el sombrero que cuidadosamente coloca encima del mostrador. Abre el diario y con filosófica paciencia espera que todos terminen de firmar.

Yo me siento. Da la casualidad que me he sentado al lado de la escalera de la entrada posterior. ¡Qué suplicio! A semejanza de los ratones que disparan cuando sienten ruido y después asoman medrosos las cabecitas, así asoman por aquella escalera las narices y los lentes de los estudiantes. Porque un estudiante que se respete usa gafas quevedescas.

Asoma primero la puntita de la nariz, después las gafas, luego los brazos y finalmente todo el estudiante. Mientras se cumple este proceso, o esta entrada por entregas, el profesor adopta la actitud del dueño de la botigliería. Da tentación de pedirle un vaso de fuerte vino italiano.

Las muchachas se revuelven, inquietas, en las sillas. Los estudiantes están muy quietitos.

De pronto todos se dan vuelta. ¿Qué hay? Nada. Un ratoncito se ha caído de la bendita escalera.

Y sigue la clase.

EL EVANGELISTA DE LA SALA 1

Nosotros somos unos pobres estudiantes. Por nuestros cerebros ha pasado, fugaz, una ráfaga de estudio y de pronto nos hemos encontrado en el aula 1. Nos hemos instalado, tras largo y acrobático peregrinar, en un reclinatorio lateral. Somos, quizás, un poquito imaginativos, pero despojándonos de esa cualidad hemos visto llegar de a dos, de a tres, hombres y mujeres de cara compungida que se instalan en reclinatorios iguales a los nuestros y juntas las manos como para rezar. La sala está llena, la atmósfera pesada. El oficiante, mejor dicho, el evangelista que nos va a traer la palabra de los libros santos hace irrupción por el costado. (Por el costado fué lanceado Jesús.)

Se llama Nirenstein y es alto, grueso, con anteojos y dos rosetones colorados en las mejillas tersas.

Se instala en la silla que le está reservada en un nicho alto y angosto, donde no le pueden turbar los murmullos del rebaño. Somos nosotros el rebaño.

Y empieza el oficio. Nos relata la historia de pueblos antiguos, habla un poco de España y con exaltación digna de un pastor evangelista como él, se sale del nicho y gesticula; que en el nicho no hubiera podido hacerlo. Luego, gravemente, se va por donde vino.

Nosotros, tras de otras pruebas acrobáticas tan peligrosas como las primeras, hemos llegado a la puerta del templo.

¡Bienaventurados los que han ido al aula 1, porque ellos han oído la palabra redentora del Dr. Nirenstein!

SOBRESALTOS ACÚSTICOS

Nosotros somos unos pobres estudiantes muy amigos de la paz y daríamos lo que no tenemos (cosa muy fácil, por otra parte) por un diario minuto de tranquilidad.

En la Facultad de Filosofía y Letras, nos dijimos, debe reinar un silencio reconfortante, a lo sumo turbado por discusiones de estudiantes, chismes de mujeres, pero nada más.

Y nos vinimos en busca del ambiente callado y grato para disfrutar de esa tranquilidad tan deseada.

¡Vano empeño! Escuchando una clase, ruidos que semejan los gritos salvajes de los pieles rojas o evocan las hordas de Atila nos dicen, graciosamente, que la clase ha terminado. Salimos de las aulas con los nervios excitados por campanilleos incesantes y brutalmente sonoros.

Descansamos en el patio. Caireles agitados por huracanes desenfrenados, por pamperos desencadenados y horrendos como jamás han soplado, indican, suavemente, que el decano, o el secretario o cualquiera llaman al portero. Este sube en un ascensor desconcertante y baja por la escalera representando un cuerpo de caballería y otro de artillería concertados para pasar, a toda velocidad, por un puente de madera.

De pronto un cascabeleo terrible y prolongado nos hace saber que otra persona, tal vez con más autoridad que la anterior, a juzgar por el ruido, llama también al portero. Este tiene que bajar ahora por el ascensor y aprieta furiosamente el botón. El ascensor rechina y el sonido de algún timbre, largo, insinuante, finito, se nos mete en el oído y nos hace salir disparando de aquella bendita Facultad.

ROBERTO SMITH.